

VENANCIO GÓMEZ, ALIAS VENAN

Fabián, J.F.

Venancio Gómez, alias *Venan* y, también, Lenin tenía una espina clavada desde hacia veintitantos años: la semana en que murió Franco estaba más para el otro mundo que en éste con una hepatitis de cuidado y no pudo celebrar con champán, con mucho champán, costara lo que costara, la muerte de Franco. Esto, en un tipo como *El Venan* dolía, porque él era un hombre concienciado, políticamente concienciado desde muy pequeño. Y algo serio. También era limpio como él solo, y le gustaba la soledad y bañarse en las aguas heladas del Canalizo con un amigo del Rascacielos y el cante y no creía en Dios y había tenido una amante sin que se enterara su señora, una vez nada más y para dos días con sus dos veces. (Una finlandesa rubiaca y grande, con la que no cruzó ni una palabra en español y sobre la que de por vida se seguiría preguntando qué diría, qué sería aquello que decía en su idioma mientras andaban en el asunto, en el apartamento de ella, con una vista preciosa al castillo donde estuvo el Papa Luna. Ni siquiera habían podido decirse nada entendible el uno al otro fumándose, con aquella vista de fondo, el cigarro de después. Eso, en las cosas del amor, aunque no haya propiamente amor, resultan cuando menos un corte. Fue en Peñíscola, cuando estuvo extendiendo yeso a destajo para una contrata en una barriada de apartamentos).

Lector empedernido, tierno y eficaz Venancio había mamado la política desde pequeño. Porque a su abuelo lo mataron unos falangistas en el 36, por lo visto a mala leche y eso a su padre no se le había olvidado nunca y, como no se le había olvidado nunca a su padre, lo recordaba con frecuencia en casa o cuando se sentaban a descasar después de regar en una huerta que tenían por Picozos. Y, claro, cuando se oye una cosa mucho en casa, una de dos: o se le coge asco y se vuelve uno lo contrario, o se asimila para hacerse militante. El *Lenin* lo asimiló, pero no por asimilarlo simplemente, no, había llegado a la conclusión de que lo del 31 al 36 con la República había sido la mejor oportunidad para evolucionar hacia lo

bueno que se había dado en toda la Historia de España. Y eso que no lo conoció directamente. Se había leído más de la mitad de todo lo publicado sobre la II República y cuanto más leía, más enamorado estaba de aquel ambiente que tuvo que haber en los años treinta y más soñaba deseando haber estado metido en aquellas intensas emociones para la gente sencilla como él. Con una base empírica paterna bien marcada, unas buenas pocas lecturas, diez o doce influencias, un puñado de cabales y esenciales reflexiones y un trabajo de escayolista de por vida, al Venan le bastaba para ver a Fraga por la tele y ponerse malo. Pero malo.

Chema Díu cuando le veía aparecer por el 12&23 ya no le preguntaba: una Mahou y los sábados a la una un vermú rojo con unas patatas revolconas. Él lo agradecía porque implicaba confianza. En el Alquilara lo mismo, aunque si era Javi Paso el que estaba detrás de la barra, no lograba acordarse de unas veces para otras. Miguel Paso, en cambio sí y, además, compraba expresamente para él *El Viejo Topo* y se lo guardaba en el cuarto de las botellas bien guardado, para que le diera de sí sábado a sábado durante un mes, hasta que saliera el siguiente.

Suene mal o no, es la palabra: Venancio Gómez, alias *El Lenin* era un encabronado social, algo que sabía que le pasaba a más gente y se tenían que aguantar como él, porque el mundo no evolucionaba para sus ideas, sino para todo lo contrario.(Vaya por Dios). A pesar de ello en casa se le disipaban los sapos y culebras y si se ponía a tiro, se disfrazaba con los trajes viejos de su señora para hacer reír a las dos hijas o le pedían el karaoke a la vecina y rompía la pana con el "*Bienvenidos*" de Miguel Ríos o "*Un velero llamado libertad*" del Perales. Venancio, si cuadraba y le daba por ahí, sin beber nada ni nada, podía desmontar en media hora los pilares de nuestra sociedad occidental con esencias básicas tales que más valía reírle, que tomarle en serio, porque de tomar en serio la esencia de lo que decía, era para coger la escopeta y echarse al monte, por decirlo gráficamente. Ya no se calentaba como de joven, cuando creía en la posibilidad de cambiar de golpe las cosas o tenía la esperanza de que las cosas caerían por sí solas, como cae la fruta madura, siendo

entonces el momento de cambiarlas de golpe. Ahora se lo tomaba con filosofía, como se suele decir, y aceptaba su derrota, quedándole para los adentros una espesa manchita negra, como de pez o así, en un lateral del alma o por ahí, que le impedía sonreír de oreja a oreja. Cosa lógica.

Los sábados por la mañana eran su día, tenían para él un valor incalculable, intrínseco, siempre intrínseco. Se levantaba, iba a las 9 con su señora del brazo a la plaza del mercado, compraban y, a eso de las once y media, iba al 12&23. A esa hora podía coger el sitio del rincón, sentarse en desnivel y leerse lo que hubiera por allí. Que no era ya por leer, sino por aquella tranquilidad de ser sábado, de estar relajado, de ver pasar a la gente para arriba y para abajo y, también, por enterarse de cosas, de novedades. Si estaba nevando, desde aquel rincón estratégico percibía la belleza de una manera muy personal, nunca compartida. Y entonces sólo miraba sin parar por la ventana. Política ya no leía, porque la política de cada día en el periódico le parecía, sencilla y rotundamente como política amarilla, política del corazón, cuento, hipocresía, intereses. Él iba a la estructura de las cosas y esto no se publicaba, que él supiera, en ningún diario. Luego, la ronda le llevaba al Alquitara. Antes o después allí coincidía con otros parroquianos fijos como Eduardo Izcaray y los Segade, padre e hijo, tomándose cariñosamente unos riberas. Después llegaría el resto de la gente, pero de momento estos cuatro eran fijos. Se saludaban al verse, se miraban a ver cómo iba cada cual, pero no hablaban entre sí. Y si algún sábado faltaba uno, discretamente le preguntaban a Javi o a Miguel: *“Coño, que raro, ¿cómo es que no ha venido fulano?”*.

Un día Pipe Comendador pasó por allí con un pequeño taco de libritos de poemas. Propiamente no se conocían. Le vio con El Viejo Topo y se acercó a su mesa y a su lectura. *“¿Te gusta la poesía?”*, le preguntó. *“Trae, majo, que esto, cuando lo entiendes un poco, es lo que más merece la pena”*.